EL JARDINERO
Raymond Jones



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Librodot

Jimmy Correll odiaba el olor de las escuelas. El olor de los libros usados, el olor de la tiza, los perfumes de los profesores y el oleoso producto que Mr. Barton frotaba cada noche sobre los suelos de madera. El olor desagradable de muchas prendas de ropa sudadas y reunidas en aquellos cálidos días primaverales.

Todos aquellos olores fluían a través de los vestíbulos de la *Westwood High y* penetraban en el amplio auditorium que no tardaría en verse lleno con la Asamblea de los viernes. Mr. Barton estaba abriendo ya las altas ventanas contra aquel olor. Jimmy asomó la cabeza a través de la puerta parcialmente abierta y contempló la angulosa figura del custodio moviéndose a lo largo de la pared.

Mr. Barton conocía los resultados de todos los partidos que Westwood había jugado desde que llegó allí en 1931. Palmeaba los bíceps de los muchachos y rugía en voz alta cuando les ganaba en la discusión de quién había vencido a quién en tal año. Pero nunca palmeaba el brazo de Jimmy. Le hablaba afectuosamente y le pasaba la mano por el pelo. A veces Jimmy pensaba que Mr. Barton era el único amigo que tenía... además de Brick Malloy, desde luego.

Sacó la cabeza y cerró la puerta sin hacer ruido. Le hubiera gustado llamar a Mr. Barton y decirle lo que estaba haciendo, pero nadie debía verle ahora.

Sonó una campana. Los cinco minutos de descanso entre clase y clase habían transcurrido. Jimmy corrió hacia el final del vestíbulo y se dirigió al cobertizo donde se guardaban las bicicletas. Montó en la suya y cruzó rápidamente el patio de la escuela.

No interrumpió su frenético pedaleo hasta que llegó al puente que cruzaba el Willow Creek, a casi dos millas de distancia de la *Westwood High.* Su respiración se había hecho muy dificultosa, de modo que se apeó de la bicicleta y, llevándola de la mano, descendió a pie una ligera pendiente que conducía a un lugar oculto debajo del puente. Al llegar allí siguió por la orilla, donde la hierba era tan alta que casi llegaba a ocultar los viejos senderos. Finalmente se detuvo, a media milla del puente, debajo de las enormes y umbrías ramas de un sauce. Allí, en la sombra, la hierba era más corta. Jimmy se dejó caer boca abajo sobre ella.

Durante un largo rato no hizo el menor movimiento. Estaba a salvo. Sabía que su descanso no podía durar, pero no le importaba. Estaba a salvo por hoy: el Día de Jimmy Correll en la *Westwood High.* Cuando le encontraran ya habría transcurrido.

En su interior estaba llorando, pero no permitió que las lágrimas asomaran a sus ojos. ¡El Día de Jimmy Correll! Le dedicaban aquel día y celebraban una asamblea en su honor. Y toda la escuela le despreciaba... a excepción de Mr. Barton y de Brick Malloy.

Lleno de pánico, pensó en lo que hubiera sido sentarse en la plataforma, mientras Mr. Mooremeister, el Director, decía cosas agradables que no tenían significado para él. Pensó, también, en el efecto que su desaparición produciría en sus padres, que deberían sentarse a su lado en la plataforma. Pero no había podido evitarlo; esperaban demasiado de él.

Se acercó a la orilla del riachuelo y contempló las aguas claras y profundas que se deslizaban delante de sus ojos. Aquél era el lugar donde Brick le había enseñado a pescar. Tal vez no debió ir allí. Si preguntaban a Brick... Pero no se les ocurriría hacerlo hasta que fuera demasiado tarde. Sólo necesitaba un par de horas.

Se quitó los zapatos y los calcetines y hundió sus pies en el agua fría. Deseaba hacerles comprender que aquél era el lugar a que pertenecía, con la Tierra y el agua y la maleza creciendo a lo largo de las orillas del riachuelo.

Tal vez si le hubieran permitido estar solo hubiera podido encontrar un lugar adecuado para él en la escuela, pero no le permitían estar solo. Estuvo una semana en el primer grado, y luego le ascendieron al tercero. Permaneció un mes allí. Después, no se le consideraba como perteneciente a un grado determinado. Se limitaba a ir de clase en clase, absorbiendo lo que los libros y los profesores podían enseñarle.

El próximo otoño, querían enviarle a la Universidad.

Había ganado una beca de cuatro años de la Martindale Electric Company, en su Concurso

anual para Jóvenes Científicos. Había presentado su proyecto astronómico y escrito un ensayo sobre el Espacio, la Próxima Frontera. Los jueces dijeron que era lo mejor que habían visto desde que se inició el concurso.

No se le había ocurrido que ni siquiera le dejarían terminar sus estudios superiores. Pero Mr. Dunlap, de la compañía Martindale, quería que ingresara en la Universidad el próximo otoño. El Dr. Webber, Presidente de la Universidad, también lo deseaba. El Dr. Webber no le había perdido de vista desde que los primeros informes de su genio empezaron a salir de la escuela elemental de Lincoln.

Y Mr. Mooremeister también quería que ingresara en la Universidad. Mr. Mooremeister más que nadie. *Siente unos deseos locos de librarse de mi,* pensó Jimmy.

El recuerdo de su primera entrevista con el Director continuaba impresionando a Jimmy. Fue el día en que Mr. Gibbons, el Director de la escuela elemental de Lincoln, acompañó a Jimmy a Westwood. Le dejaron en una pequeña antesala mientras los dos hombres hablaban. El tabique era recio, pero esto no cambiaba las cosas. Jimmy no necesitaba oír sus palabras para saber todo lo que llenaba sus mentes. Aquello continuaba asustándole un poco. Era una de las cosas que nunca le había contado a nadie. Era como si se encontrara en el interior de los cráneos de los dos hombres.

Mr. Mooremeister gruñó de descontento cuando Mr. Gibbons le explicó a qué había ido.

—¡No me venga con genios precoces, Gibbons! —exclamó—. ¡Cualquier cosa menos eso! Nuestro equipo de fútbol no tiene un solo defensa que valga la pena; hace muchísimo tiempo que no hemos ganado un partido... ¡Y quiere usted que me haga cargo de un pequeño genio!

»Llévele con Smithers, al Central. A Smithers *le encantan* los muchachos capaces de permanecer sentados un día entero y de recitar todo el «Hamlet» de memoria.

—Tiene usted que aceptarle —dijo Mr. Gibbons—. Sabe más que la mitad de mis profesores. Pertenece a su distrito; y el doctor Webber, de la Universidad, le tiene echado el ojo.

—Entonces, lléveselo a Webber. ¡Yo no lo quiero!

—Irá a la Universidad dentro de un año o dos. Ahora, el doctor Webber cree que Jimmy es demasiado joven para asistir a la Universidad.

—Demasiado joven a los nueve años, pero a los diez o a los once ya se habrá convertido en un hombre —dijo mister Mooremeister sarcásticamente.

Mr. Gibbons permaneció callado unos instantes. Luego dijo, lentamente:

—Jimmy es un niño un poco raro. Nadie puede acercarse a él lo suficiente como para conocerle de veras, pero yo estoy convencido de que va a convertirse en un gran hombre. Creo que la cosa más importante que usted o yo podemos hacer en nuestras vidas, no demasiado útiles, por otra parte, es procurar que eso que Jimmy lleva dentro no se malogre antes de haber madurado.

Jimmy no podía recordar cuándo oyó por primera vez la palabra prodigio. Desde luego, fue mucho antes de su época escolar, pero entonces no se había preocupado de ella. No suponía que iba a ser distinto de los otros chiquillos.

Ahora se preguntaba si le quedaba alguna posibilidad de ser algún día como ellos.

Recordaba el preciso instante en que descubrió que existía una diferencia.

En la clase elemental, Miss Brown escribió la palabra «correr» en la pizarra. Esto sucedió el primer día de clase. Le costó tres ridículas etapas mostrar su significado. Y luego, a media mañana, Jimmy se puso en pie y anunció solemnemente: «Yo ya sabía cómo tenía que leerlo. Siempre he sabido leer».

Empezó un recitado de la larga lista de clásicos, textos científicos y aventuras del Pato Donald, que había leído con la ayuda y la guía de su padre. Al llegar a la mitad se interrumpió. Una especie de viento helado sopló en torno de él. Miss Brown y sus compañeros de clase le estaban mirando, en medio de un profundo silencio.

Instintivamente, comprendió lo que había hecho. Era un extraño entre ellos, un forastero; y le odiaban por ello.

Después de aquella experiencia, aquel mismo frío mortal le acompañó. El duro castigo del odio a alguien que era distinto. Por la noche, al acostarse, lloró desconsoladamente. Lloró por el inmenso vacío que se había abierto a su alrededor.

Su madre le meció en sus brazos, y su padre dijo que aquello se debía a la excitación de su primer día de escolar. Trataron de persuadirle de que la cosa no tenía importancia. Pero no lo consiguieron.

Estaba de pie ante la boca de la inmensa y vacía caverna de su vida, y vio la oscuridad y los solitarios años que le esperaban dentro de ella.

No podía recordar cómo empezó a interesarse por las estrellas y por la Tierra, por el agua y por el aire, por las cosas que se arrastraban y nadaban y volaban. ¡Aquel mundo a que había llegado era un lugar maravilloso!

Y siempre había sido capaz de saber todo lo que deseaba acerca de aquel mundo casi sin necesidad de preguntar. En realidad, no recordaba haber aprendido a leer. A la primera ojeada a una página impresa, había sabido. Pero, después de aquel primer día de escuela, nunca le contó a nadie, ni siquiera a sus padres, las cosas que él podía hacer y que los otros muchachos desconocían por completo.

Recordaba la primera vez que asistió a la clase de ciencias, por ejemplo, cuando le habían mostrado un microscopio, al igual que a los otros alumnos. Parecía un objeto completamente inútil. Frunciendo un poco los ojos, pudo ver claramente la serpenteante ameba en la pequeña gota de agua. Pero supo que era el único de la clase que podía verla.

Sabía también, que ellos no comprendían nada acerca de las estrellas. Leyó en sus libros que los hombres habían construido grandes telescopios para proyectar su vista hasta los umbrales del espacio. Pero, desde su infancia —no podía recordar la primera vez—, él había paseado la vista por las arenas rojizas de Marte. Había recorrido las antiguas ruinas, y en su imaginación había jugado al escondite con los diminutos y morenos seres que vivían allí, los únicos restos de la orgullosa y desaparecida raza que había construido aquellas ruinas.

Sabía que era el único que podía hacer esas cosas. Y se despreciaba a sí mismo por ello, ya que, ¿de qué le servían tales dones, si le encerraban en una tumba que le mantenía apartado de la vida y de la amistad de su propia especie?

Por tanto, procuró ocultar cuidadosamente sus extrañas facultades, pero le resultó imposible adaptarse al paso de sus compañeros de escuela, por mucho que lo intentó. No pudo enmascarar su talento.

Sabía que no era normal. A veces incluso se preguntaba si era humano. Durante aquel primer año de escuela, Miss Brown hizo correr la voz, y Mr. Gibbons acudió a comprobar por sí mismo el genio de Jimmy. Le trasladaron a la clase superior, y así empezó la cosa.

Se convirtió en una especie de fenómeno, pero únicamente Mr. Gibbons le demostraba una sincera simpatía. Los otros profesores nunca lo hicieron. Sus compañeros de clase le contemplaban con despreciativa curiosidad. Jimmy creyó que las cosas cambiarían cuando les conociera a fondo. Pero la intimidad de Jimmy era algo muy difícil de alcanzar, y además le cambiaban de clase antes de que hubiera tenido tiempo de conocer a sus condiscípulos.

Cuando la diferencia de edad ensanchó más aún el abismo, Jimmy renunció. Nunca tuvo por amigo a un compañero de clase, hasta que conoció a Brick Malloy.

En los archivos de la Universidad había un manuscrito mecanografiado y encuadernado, de una pulgada y media de espesor, dedicado a una descripción y análisis de Jimmy Correll. A su autor, Ralph Grosset, le había valido el doctorado en psicología, y a Jimmy todo un verano teniendo a alguien con quien hablar.

Ralph Grosset había descrito en detalle la memoria fotográfica de Jimmy y su desarrollada capacidad para el razonamiento deductivo, pero había omitido las cosas que Jimmy trató de

decir acerca de las maravillas y los misterios del Universo, y acerca del odio y de la soledad. Grosset no estaba interesado en aquellas cosas. Sólo quería preparar una tesis para su doctorado, y en realidad no simpatizaba con Jimmy. Casi le temía, y desconfiaba de él.

Jimmy no esperaba que las cosas ocurrieran de un modo distinto. Y hacía mucho tiempo que había aprendido a devolver frialdad por frialdad, retirándose más y más a su pequeño mundo interior. Pero se encontraba muy solo.

Tan solo, que no podía soportarlo por más tiempo.

Sacó sus piernas de las heladas aguas del riachuelo y se tendió en un lugar bañado por la luz del sol que se filtraba a través de un árbol. Contempló el cielo que se divisaba entre las ramas del sauce. Estaba convencido de una cosa: el próximo otoño no iría a la Universidad.

Sabía lo que sucedería si iba allí. La primera vez que entrara en la clase se echarían a reír y le dirían que la guardería infantil se encontraba tres puertas más allá. Los profesores se tomarían a broma su presencia, aunque trataran de asegurarle que para ellos resultaba completamente normal la asistencia a sus clases de chiquillos de once años. No simpatizarían con él.

Y todos ellos hablarían por encima de su cabeza de los asuntos corrientes de la vida, los partidos de fútbol, los bailes y las reuniones del mundo al cual Jimmy no pertenecía. Ya que no podían librarse de su presencia, le ignorarían del todo.

Así había sucedido en Westwood. Le llamaban «Profesor» y «Cuatro Ojos».

Lo que más odiaba de todo eran las clases de gimnasia. El blanco y sofocante vaho del vestuario, le ponía enfermo. Odiaba el olor a sudor, y a ropa y a zapatos sucios. El vello de los cuerpos que le rodeaban le asustaba y le hacía avergonzarse de su propia desnudez infantil.

Y los otros se avergonzaban de tenerle entre ellos. La mayoría de ellos se limitaban a ignorar que estaba allí.

A principios de otoño del año anterior había sucedido el milagro. Jimmy encontró un amigo. El viejo Mr. Barton era amigo suyo, desde luego, pero Mr. Barton era amigo de todo el mundo. Brick Malloy era distinto. Brick era un compañero de clase. Capitán del equipo de fútbol.

Jimmy podía andar con la cabeza erguida cuando iba con Brick. Todo el mundo se volvía a mirar y saludaba cuando pasaba Brick. Los saludos no iban dirigidos a Jimmy, pero él sabía que los otros estaban mirando mientras él andaba al lado de su amigo. En sus ojos, día a día, había aparecido una nueva expresión. Sorpresa al principio, después, casi aceptación y respeto.

Jimmy no había esperado tanto cuando Brick dio el primer paso hacia él. Se mostró rudo y amargo como se mostraba con todos. Brick no pareció darse cuenta.

—Estoy en un apuro, Jimmy —dijo Brick—. Eres el hombre más indicado para sacarme de esa clase de apuro, si estás dispuesto a ayudarme.

Jimmy no había esperado tanto cuando Brick no se había burlado de él en los vestuarios. Brick estaba siempre tan seguro de labrarse su propio camino, que nunca necesitaba interponerse en el de nadie.

—Me van a suspender en trigonometría —continuó Brick—, a menos que encuentre a alguien que consiga meterla en mi cabeza. No dispongo del tiempo suficiente para estudiar solo. Parece como si tuviera que decidirme por el fútbol o por la trigonometría... y al paso que voy quedaré mal en las dos cosas.

Sin el menor entusiasmo, Jimmy aceptó la tarea de profesor. La trigonometría no tenía secretos para él, y supo iniciar en ellos a su compañero. Brick le ofreció una generosa recompensa, pero al final de la primera semana, cuando la simpatía estaba creciendo ya entre ellos, Jimmy hizo su propia proposición.

—Yo también estoy en un apuro —dijo—. Deseo aprender a lanzar bien una pelota, para que los compañeros dejen de burlarse de mí en el gimnasio. Deseo aprender a batear y a

correr. Enséñame esas cosas, ¿quieres, Brick?

El trato quedó cerrado: intercambiarían sus conocimientos. Y Jimmy empezó a dominar los músculos de su delgado cuerpo. Por primera vez, experimentó la sensación de que su cuerpo le pertenecía, y tenía derecho a ocupar su porción de espacio. Jimmy tenía derecho a participar en los juegos de sus compañeros. Brick le respetaba y le enseñó a respetarse a sí mismo.

Y un día, en aquel mismo lugar, Jimmy confió el gran secreto de su agonizante interrogación acerca del universo al cual habían llegado. Jimmy había capturado su primer pez, y en el cielo, el sol estaba tiñendo de rosa los altos cirros.

Contemplaron cómo el color se desvanecía lentamente.

—¿No te has interrogado nunca acerca de ello? —inquirió Jimmy.

—¿Acerca de qué?

—¡De todo...!

Y entonces, repentinamente, surgieron las palabras contenidas durante tanto tiempo porque no había nadie que pudiera comprenderlas.

—Los colores, por ejemplo —dijo Jimmy—. Los colores de la salida y la puesta del sol, los colores del arco iris, el azul del cielo. En el espacio, lejos de la Tierra, el cielo no es azul: es negro. ¿Sabías eso, Brick? Algún día iré allí. Voy a pasearme, por la Luna y ver lo que parece la Tierra vista desde allí. E iré a Marte antes de morir.

»Voy a descubrir por qué estalla un átomo. Nadie lo sabe, todavía. Nadie sabe lo que es, en realidad, la fisión o la fusión. Sólo se conoce el modo de hacer que se produzca. Pero nadie conoce el misterio del átomo. Yo voy a descubrirlo, Brick.

—Estoy seguro de que lo harás —dijo Brick—. Vas a ir más lejos y más aprisa, a más altura y más profundidad de lo que la mayoría de los hombres han soñado nunca.

—Y tú, Brick, ¿qué es lo que vas a hacer? ¿No te gustaría ir allí, también?

—¿Yo? Espero convertirme en ingeniero civil... suponiendo que apruebe la dichosa trigonometría. Mi padre me tiene preparada una plaza en su negocio de construcción.

—¿Es eso lo que quieres hacer?

—Desde luego. Construiré puentes en América del Sur y alcantarillas en Siria. Mi padre no ha llevado a cabo ninguna obra importante y espera que lo haga yo. Yo también deseo hacerlo.

»Y un hombre tiene que hacer lo que él desea, no lo que otro cree que debe hacer. En cuanto a ti, vas a volar más alto que todos nosotros...

—¿Por eso me odian?

Los ojos de Brick reflejaron una sincera sorpresa.

—¡De modo que es eso! —dijo—. Por el amor de Dios, Jimmy, deja de torturarte con esa idea absurda. Todo el mundo simpatizaría contigo, si le dieras una oportunidad.

Jimmy sabía que era mentira. Ahora, tendido sobre la misma hierba, sabía que Brick sólo había tratado de ser amable. Les había dado una oportunidad, hasta que el corazón le dolió de tanto desear su amistad. Pero continuaban odiándole, y Jimmy les tenía miedo.

También le asustaba presentarse a la farsa que sería el Día de Jimmy Correll. Estaba demasiado asustado para ir a la Universidad el año próximo.

Estaba demasiado asustado para separarse de Brick.

No se avergonzaba de esto. Por primera vez en su vida sabía lo que era pasear por el patio de la escuela y por las calles de su vecindad, libre de miedo y con cierta sensación de orgullo. Brick le había dado una sincera amistad. No estaba avergonzado de sentirse orgulloso de ello... y temía perderlo.

Tal vez si permanecía en Westwood hasta el año siguiente —con Brick—, podría adquirir la suficiente fuerza para andar solo. Pero si tenía que marcharse ahora hacia otro mundo de burlones desconocidos, estaría perdido. Nunca encontraría el camino de regreso hacia el

mundo de cielo y luz que Brick le había mostrado.

Dejó de pensar y permitió que se deslizara el tiempo, mientras sorbía el placer del agua y del cielo, y el suave susurro del viento en la hierba y en las ramas del sauce. Y luego supo que había sucedido lo que él sabía que sucedería, debido a que había sido lo bastante estúpido como para regresar a aquel lugar encantado.

Brick estaba allí, contemplándole.

Jimmy alzó la mirada hasta el rostro de su amigo. Un rayo de luz a través de las ramas le cegó. Brick se sentó en la orilla.

—Te están buscando, Jimmy —dijo.

Jimmy notó una sensación de malestar en la boca del estómago. No podían haberle buscado mucho.

—¿Por qué has venido a buscarme aquí? —preguntó.

—Creo que siempre he sabido que ocurriría esto —dijo Brick lentamente. Arrancó unas briznas de hierba—. Creo que siempre he sabido que echarías a correr cuando llegara la gran oportunidad. Es lo que siempre has hecho: salir corriendo.

—¡No puedes aconsejarme sinceramente que vaya allí! —protestó Jimmy—. Y no pienso ir, cualesquiera sean tus argumentos.

—No esperaba otra cosa de ti. Sólo pensé que sería un buen momento para decirte lo que siempre he sospechado: no has comprendido, a pesar de tu inteligencia, lo que ello significa.

—¡Sé lo que estoy haciendo! —Jimmy se puso en cuclillas delante de Brick, con su rostro infantil encendido por la indignación—. Nadie va a hacerme saltar a través de un aro, como un perro de circo. ¡Jimmy Correll, el cachorro amaestrado, va a saltar!

Brick se reclinó hacia atrás, sonriendo cínicamente.

—Brick... lo único que deseo es una oportunidad de quedarme en Westwood otro año. —Las palabras surgían atropelladamente de los labios de Jimmy—. No sabes lo que significa para mí... poder hablar contigo y pasear por la escuela como si tuviera derecho a hacerlo. Si puedo quedarme un año más, tal vez podré conseguirlo. Pero ahora no puedo. ¿No lo comprendes? Además... el año próximo tú irás también a la Universidad.

Brick se puso en pie.

—No cuentes conmigo, muchacho. Hace una hora que he terminado contigo. Creí que si esperaba lo suficiente, demostrarías que tienes valor. Pero veo que es inútil. No lo has tenido, y nunca lo tendrás.

El rostro de Jimmy reflejó una gran desesperación.

—Brick... Brick...

—Ya es hora de que cuides de ti mismo. No puedes continuar colgado de los faldones de mi chaqueta. Tienes que enfrentarte con las cosas tú solo. Encontrar tu propio camino.

—¡Maldito seas, Brick Malloy! ¡Maldito seas!

Pero Brick había dado media vuelta y desaparecía ya en la alta hierba, que crecía a lo largo de la orilla.

El encanto se había desvanecido. El lugar no volvería a ser nunca un refugio sagrado, maravilloso. Jimmy permaneció tendido en la hierba largo rato, tratando de recobrar las perdidas sensaciones. Pero sabía que se habían desvanecido.

Se puso en pie y echó a andar a lo largo del sendero. No le serviría de nada continuar allí. Cuando Brick llegara a la escuela, enviarían a alguien a buscarle. Sus padres, o el director, o alguien...

Al llegar a la vista del puente, alzó la mirada. Habían llegado ya. No parecía que Brick hubiera tenido tiempo de llegar a la escuela e informar, pero en el recodo de la carretera, junto al puente, había un automóvil.

Jimmy lo reconoció. El viejo automóvil pertenecía a mister Barton, el bedel. ¡Tenía que ser Mr. Barton el que viniera a buscarle! Aquello sería la traición final.

Mr. Barton estaba esperando en el asiento delantero, fumando su pipa. La portezuela estaba abierta, y se movía ligeramente a impulsos del viento.

Al verle, el bedel agitó una mano.

—Hola, Jimmy. ¿Quieres regresar conmigo? Podemos poner tu bicicleta en la parte de atrás.

Jimmy subió al automóvil con una amarga expresión en los ojos.

—Supongo que Brick le habrá contado a todo el mundo lo que he hecho.

—No lo sé: no he visto a Brick.

—Entonces, ¿cómo sabía que estaba aquí? ¿Por qué ha venido?

—Lo he sospechado. Y he supuesto que ahora ya estarías preparado para regresar, de modo que *se* me ocurrió venir a buscarte.

Las lágrimas llenaron súbitamente los ojos de Jimmy. Se inclinó hacia adelante en actitud de súplica.

—¡No me lleve allí! ¡Lléveme a alguna otra parte!

—De acuerdo. Iremos a dar un paseo, si quieres —dijo Mr. Barton afablemente—. Voy a poner tu bicicleta en la parte de atrás.

Al cabo de unos instantes, el asmático automóvil se alejaba de la ciudad y de la *Westwood High.* Mr. Barton no dijo nada y continuó fumando su pipa. Luego, repentinamente, Jimmy rompió a hablar, contando toda la historia desde sus comienzos, en el primer grado. Habló de la soledad de ser distinto, del odio de todos aquellos que eran completamente normales, del miedo insuperable a enfrentarse con todos sus enemigos en la Asamblea que iba a celebrarse en su honor.

—¡No soy más que un fenómeno! —exclamó amargamente—. ¡Soy más inteligente que cualquiera de ellos, y no tengo ningún amigo!

Mr. Barton asintió calmosamente, y luego habló.

—Tienes que decidir cuál de las dos cosas deseas. O las estrellas y los átomos de que siempre has hablado... o las palmadas en la espalda de muchachos como Tom Marlow y Jack Foster... Puedes tener una de las dos cosas, pero solamente una.

»Tom, y Jack, y el resto de los muchachos no intimarán nunca con el Jimmy Correll que se muere de ganas de navegar por el espacio, de pasear por la Luna, de excavar en las antiguas ciudades de Marte. Se ríen de estas cosas, porque temen mirar tan alto o tan lejos. Pero palmetearán tu espalda si renuncias a todo eso y te conviertes en uno de ellos.

—¡Yo *quiero* ser como ellos! ¿Por qué no puedo serlo, y conservar lo otro además? ¿Qué es lo que me pasa para que no pueda ser como los otros muchachos, de modo que dejen de odiarme y sean amigos míos?

—Puedes hacerlo Jimmy. Sólo tienes que cerrar los ojos a las cosas que ves, y que nadie más puede ver. Cerrar tus oídos a las cosas que sólo tú puedes oír. Reírte de sus estúpidas bromas. Entonces serás uno de ellos, y no se burlarán más de ti. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —dijo Jimmy con un hilo de voz—. Quiero que ellos me aprecien, y jueguen conmigo, y dejen de odiarme.

—¿A costa de renunciar a Ruffy y a sus amigos? ¿A costa de renunciar a las puestas de sol en el desierto de Loh-Khita?

Jimmy se volvió lentamente hacia el anciano. Un repentino escalofrío recorrió su espina dorsal. Sintió frío y miedo al mismo tiempo.

—¿Cómo sabe usted lo de Ruffy? —susurró roncamente—. ¿Cómo sabe usted lo del desierto de Loh-Khita? ¡Todo eso está en Marte!

Mr. Barton asintió.

—Sí, lo sé. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Puedes renunciar a todo eso? ¿Puedes renunciar a contemplar el resplandor de la Tierra desde el Mare Imbrium, y a explorar las ruinas de la malhadada colonia marciana en la Luna? ¿Abandonarás aquellos antiguos

recipientes construidos con la piedra pómez del Mare Serenitatis, a cambio de un palmoteo de Tom Marlow?

—*¿Cómo sabe usted todo eso?*

La voz de Jimmy era un grito de agonía.

—Yo también lo he visto —dijo Mr. Barton, con calma.

—Yo también... entonces... ¡usted es como yo!

—Sí. Puedo ver sin necesidad de un telescopio. Puedo ver las cosas microscópicas en una gota de agua. Puedo conocer los pensamientos de los hombres antes de que ellos hablen.

Repentinamente, Jimmy rompió en sollozos, unos sollozos hondos con los cuales se liberaba de su angustia.

—¡Creí que estaba solo! —exclamó—. ¡Creí que estaba completamente solo en el mundo!

—Nunca has estado solo —dijo Mr. Barton—. Ni un solo instante desde que naciste. Te hemos estado vigilando cuidadosamente.

El llanto de Jimmy remitió, y alzó de nuevo una mirada maravillada e incrédula hasta el rostro del anciano bedel.

—¿Quién? —preguntó en un susurro—. ¿Quién me ha estado vigilando?

—Tu propia raza. No todos los hombres nacen ciegos y sordomudos y obtusos como son las personas normales de la sociedad humana. Pero han habido muchas generaciones de aquellos que no lo eran... y fueron aplastados y destruidos del mismo modo que podías haberlo sido tú.

»Nosotros somos como simientes de bosques gigantes, arrastradas por el viento hasta una enmarañada selva. Las simientes germinan en aquel medio anormal, pero la planta se ve privada del necesario sustento, que le es robado por la maleza.

»Lo mismo ocurre con los seres humanos. Un ser «superior» está sin madurar durante su infancia, y puede ser aplastado por los enjambres de seres normales cuyas potencialidades son únicamente una milésima parte de las suyas. Tú has aprendido ya a someterte a los que son muy inferiores a ti. Has estado a punto de renunciar a tus grandes dones, sólo para ganarte la aprobación de tus compañeros de clase.

—¡Pero eso fue antes de saber lo que usted acaba de decirme! —exclamó Jimmy—. Y se debió a que me sentía muy solo. No podía soportarlo, siendo el único...

Mr. Barton asintió.

—Lo sé. A mí me ocurrió lo mismo. Cualquier simiente, incluso la de un bosque gigante, necesita alimento y protección durante su período de crecimiento. De otro modo no puede sobrevivir, a no ser que arraigue en un lugar donde no existan plantas competitivas.

»Pero esto último sucede pocas veces. Por ello es necesario efectuar un buen trabajo de... digamos de jardinería. Tenemos que mantener apartada la selva hasta que la simiente haya crecido lo suficiente como para resistir cualquier ataque. De modo que puedes llamarme «jardinero».

Jimmy continuaba mirando a su anciano amigo. Las cosas que había dicho iban adquiriendo sentido en su mente. Comprendía lo que Mr. Barton quería expresar: Jimmy estaba desarrollando las facultades de un Homo Superior, pero era todavía un niño, una cosa inmadura, en pleno crecimiento. Y los adultos de Homo Normal —¡incluso sus hijos!— eran capaces de derrotarle en su fase actual, si quedaba abandonado a sus propias fuerzas...

¡Pero no lo estaba! ¡Nunca volvería a estar solo! Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos.

—Háblemе de los otros —susurró—. ¿Dónde están? ¿Cómo puedo encontrarles?

El bedel sacudió la cabeza.

—Eso tendrá que esperar. No estás preparado aún para ser... transplantado. Irás a la Universidad, tal como deseas, y continuarás tu fase de crecimiento. Pero no tienes que temer lo que los Normales puedan hacer. No tienes que pensar en la posibilidad de renunciar a tus

dones sólo para ganar su amistad. Puedes ser tú mismo y crecer a tu manera, ya que allí no faltará tampoco un jardinero, dispuesto a protegerte y a guiarte cuando la selva amenace aplastarte.

Jimmy no se había dado cuenta hasta entonces, pero habían dado la vuelta al Creek Loop y se acercaban de nuevo a la ciudad. Al fondo se erguían las edificaciones de la *Weswood High.* Jimmy experimentó una sensación de pesar al darse cuenta de que la entrevista había terminado y Mr. Barton volvía a ser el bedel de la escuela. Se preguntó cuántos años tendrían que transcurrir para que *ellos* le invitaran a... a dondequiera que estuviesen...

Mr. Barton aparcó el automóvil y se apeó.

—Creo que la Asamblea está a punto de empezar, Jimmy. Tendremos que darnos prisa.

El sol brillaba terriblemente en sus ojos y parpadeó. Andando detrás del anciano bedel, Jimmy se preguntó si realmente había oído las cosas que recordaba, o si las había soñado. Pero, no era un sueño: Mr. Barton conocía a Ruffy, y estaba enterado de la existencia del desierto de Loh-Khita.

Entraron en el edificio, y repentinamente Jimmy se odió a sí mismo intensamente por tratar de tender un puente entre Tom Marlow y las estrellas. Tom crecería para convertirse en un conductor de camión, y le tendría sin cuidado que las estrellas brillaran o no en el cielo.

¿Qué era lo que Brick había dicho? *Encuentra tu propio camino*. Eso era. Aquél era el secreto. Tener paciencia. Lincoln y Westwood no eran toda la creación. Más allá, en el resto del mundo, había otros como él, tan solitarios como él. Algún día se reuniría con ellos, y su soledad terminaría.

Pero la soledad no era lo más terrible del mundo. Las estrellas también estaban solas, pensó, y los hombres envidiaban su gloria.

Cruzó el vestíbulo y entró en el auditorium, que se encontraba casi lleno. Mientras pasaba, unas voces aullaron: «¡Bienvenido, Profesor!»

Apenas oyó el odiado apodo.

Al ver a Mr. Mooremeister, casi echó a correr hacia él.

—¡Jimmy! —exclamó el director—. ¡Por fin! ¿Dónde diablos te habías metido? Tus padres están que trinan. Te hemos estado buscando...

—Me sentía ligeramente indispuesto —dijo Jimmy—. Tuve que salir a pasear un poco para despejarme. Siento mucho haber causado molestias.

—Molestias... —murmuró el director. Cogió severamente a Jimmy por el brazo y se lo llevó a su despacho—. Molestias...

Sus padres estaban allí. Al ver su rostro lloroso, comprendieron sin necesidad de palabras. Mr. Mooremeister continuó murmurando acerca de lo fastidioso de la situación.

Mr. Dunlap y el Dr. Webber estaban llenos de curiosidad, convencidos de que habían sucedido cosas que estaban más allá de su capacidad de comprensión.

Jimmy entró un momento en los lavabos para lavarse la cara y peinarse. Luego se dirigió al gran salón.

El contemplar a los estudiantes reunidos allí estuvo a punto de inundarle el antiguo pánico. Pero recordó las palabras de Mr. Barton, y superó sus temores. Hasta cierto punto, sus compañeros le inspiraban lástima. Sabía en lo que iban a convertirse. Serían políticos, y pilotos de aviación, e ingenieros.

Pero ninguno de ellos compartiría sus inquietudes acerca de la formación del universo, ni su gran poder para descubrirlo. Tenía que hacer claro para ello todo lo que consiguiera descubrir. Al fin y al cabo, vivían en su mismo mundo. Y tenían derecho a conocerlo.

Todo el mundo permaneció en pie mientras la banda interpretaba el himno de la escuela. La plataforma estaba llena. Allí estaba Mr. Lawson. Era el profesor de física, que en sus horas libres trabajaba como agente de seguros. Jimmy ignoraba lo que Mr. Lawson iba a hacer en el programa. Y luego el corazón de Jimmy latió fuertemente: Brick había llegado y estaba

ocupando su puesto en la parte posterior de la plataforma.

Había olvidado que Brick era uno de los oradores previstos. Brick representaba al cuerpo de estudiantes que iban a rendir tributo a Jimmy. ¡Menudo tributo sería el suyo! Brick le odiaba ahora por cobarde. Tenía que hablar con Brick y decirle que las cosas habían cambiado, que nada era igual a como había sido hasta poco antes. Pero no tuvo ocasión de hacerlo. Mr. Mooremeister estaba poniéndose en pie y empezando su discurso:

—Amigos, estudiantes, profesores y parientes...

Había pocos familiares de los alumnos entre el auditorio. Estaban sonriendo y asintiendo complacidos en los últimos bancos. Jimmy reconoció a Mrs. Parks, la profesora de su Escuela Dominical. Casi todos los vecinos de la manzana habían venido.

—...todos ustedes conocen la historia de Jimmy Correll —continuó la solemne voz de Mr. Mooremeister—. No tengo que contarla, aunque es una historia que valdría la pena volver a contar. Quiero expresar de nuevo lo orgullosos que nos sentimos, la ciudad de Murrayton y las escuelas de Lincoln y Westwood a las cuales ha asistido Jimmy. Quiero expresar públicamente lo orgulloso que me siento de haber conocido y comprendido al genio que tenemos entre nosotros: ¡a Jimmy Correll!

Jimmy sintió que podía perdonar a Mr. Mooremeister el decir aquellas cosas que no creía, aunque deseó por unos instantes que Mr. Mooremeister las creyera. Pero aquello ya no importaba. El director no era más que un Tom Marlow adulto, y Jimmy ya no podía odiar ahora a ninguno de ellos.

Pero tenía que decírselo. Tenía que decírselo y hacerles comprender cuál era el milagro de las estrellas. Tenía que tocar sus corazones y sus mentes con la increíble gloria del átomo, y mostrarles las maravillas del espacio y de la noche, y la infinidad del tiempo.

Brick se estaba poniendo en pie. Avanzó lentamente por la plataforma, sin separar los ojos del rostro de Jimmy. Se detuvo delante de él y cogió su mano.

Jimmy tragó saliva con dificultad y se incorporó a medias en su silla.

—Brick...

Brick Malloy se volvió hacia los estudiantes.

—No es mucho lo que alguien como yo puede decir acerca de un personaje como Jimmy. Lo más importante que deseo decir es que Jimmy ha sido amigo mío, y que me siento muy orgulloso de ello. Espero haber sido un verdadero amigo para Jimmy. La mayoría de vosotros sabéis lo que Jimmy ha hecho por mí. Yo no estaba dotado de una inteligencia demasiado despierta, y Jimmy ha tratado de enmendarlo durante la temporada de fútbol. Para mí ha sido una maravillosa experiencia. Me gustaría saber que Jimmy lo cree así. Pienso en Jimmy como en mi propio hermano. Y le considero uno de los mejores amigos que he tenido nunca.

En el pecho de Jimmy pareció abrirse un gran vacío. Parpadeó para aclarar su visión. En el auditorio no veía el odio que hasta entonces había creído ver. Tal vez nunca había estado allí, tal como Brick había tratado de decirles.

Así es como sería siempre, pensó. Nunca encontraría muchos que le rodearan los hombros con su brazo, o le palmearan la espalda, o rieran *sus* bromas. Ellos harían esta clase de cosas. Le colocarían delante de ellos y le ofrecerían honores y discursos. Era la única cosa que sabía ofrecer a alguien como él.

Jimmy contempló los rostros de sus condiscípulos. Tenían una expresión de sinceridad y estaban de acuerdo con las cosas que Brick acababa de decir. *Sentían* los honores que le ofrecían. Y luego Jimmy se volvió bruscamente hacia el hombre que estaba detrás de él. Mr. Mooremeister había alargado la mano y le palmeaba el hombro. Los ojos del director estaban fijos en Brick y asentía con una sonrisa de felicidad a lo que el muchacho estaba diciendo.

Entonces, Jimmy se sintió inundado de una extraña sensación de dicha. ¡Mr. Mooremeister también lo *sentía*!

—Jimmy vive en un mundo que ni vosotros ni yo podemos ver —continuó Brick—. Vive

en un mundo de estrellas, y átomos, y fuerzas que mantienen al mundo en su lugar. Él sueña en esas cosas, mientras nosotros... bueno, mientras nosotros soñamos en que llegue el sábado por la noche para acudir a una cita con una chica, o en una nueva caña de pescar de fibra de cristal...

»Resulta difícil ser amigo de un personaje como Jimmy. Siempre va mucho más adelante que uno. Creo que casi todos vosotros sabéis lo difícil que resulta ser un amigo de Jimmy...

No, no es eso, Brick, se dijo Jimmy a sí mismo. Nunca más volverá a ser difícil ser amigo de Jimmy. Ahora sabe que hay muchas cosas que Mr. Barton no le había dicho, muchos motivos por los cuales tiene que permanecer en este lugar antes de ir a reunirse con los de su raza. Por primera vez, se ha dado cuenta de que la cosa ha resultado tan difícil para los Tom Marlow y los Mr. Mooremeister como para él. *Te lo demostraré, Brick. Os lo demostraré a todos. Seré vuestro amigo. Palabra.*

FIN